

10, (102-62) 1107900  
PEDRO N. CRUZ

DON JOAQUIN EDWARDS BELLO

---

“El Roto” y sus demás obras

Se ha resuelto reimprimir en folleto esta notable crítica publicada en «El Diario Ilustrado», por considerarla de especial trascendencia literaria y moral.

SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA CERVANTES  
MONEDA, 1170

1920

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena



Ubicación: 10; (102-62)

Año: ..... C: 1

SYS: 110 7989

10; (102-62)



DON JOAQUIN EDWARDS BELLO



**"El Roto" y sus demás obras**



Contrista el ánimo ver que jóvenes de aptitudes literarias, en vez de inspirarse en asuntos nobles y dignos de esa edad generosa, revuelquen su imaginación en las inmundicias de la sensualidad. Desalienta y alarma la frecuencia con que se exhiben en las librerías opúsculos nacionales que transpiran el vicio desvergonzado y provocador, y la rebelión contra todo lo que es respetable, sano y fundamental en el hombre.

Parece que animara a esos autores una rabia diabólica, deseos que no pueden saciar, una envidia impotente y la soberbia más estúpida. Su criterio y su gusto se pervierte hasta creer que, cuando se expresan brutalmente, hablan con sinceridad y franqueza; que, cuando exhiben los vicios más repugnantes, hacen obra útil a la sociedad; que, cuando hieren las creencias religiosas, manifiestan vigor intelectual.

Este es el resultado del ambiente creado por la educación universitaria descreída, y la difusión de libros mal-

sanos, sobre todo españoles o traducidos al español, a los cuales se procura imitar.

En Europa, esta especie de literatura que halaga al vicio y ayuda a las imaginaciones licenciosas, ocupa un lugar inferior: es como un barrio literario de mala fama. Siempre tienen allá una literatura superior que mantiene las sanas tradiciones de respeto a la moral y al gusto. Pero aquí no pasa eso. No tenemos literatura superior, y gran parte de nuestra producción literaria en este tiempo, es formada por esa clase de obras procaces y demoleadoras. Mientras tanto, la crítica periodística las acoge con benevolencia, excusa o disimula los excesos, y parece que no se diera cuenta del mal ejemplo que dan esas obras así toleradas y aceptadas.

«El Roto», de Joaquín Edwards Bello, ha pasado notoriamente la raya en esta materia, y, sin embargo, se ha publicado un aviso que anuncia esa novela, acompañado por juicios favorables de once personalidades, casi todas de las letras, fuera de los estudios encomiásticos que han aparecido en revistas y periódicos.

Edwards Bello presenta muy ufano, en el prólogo de la novela, como recomendación de ella y de sus propias aptitudes, una carta de Vicente Blasco Ibáñez.

Este escritor español está en boga, no tanto por sus méritos literarios, como por sus doctrinas subversivas del orden social y por el reclamo de empresas de publicidad.

Es buen escritor, pero autor, cuando más, regular. Esta distinción entre escritor y autor, que parece un tanto sutil puede comprobarse muy fácilmente en los periodistas. Los hay de estilo fácil, corriente, variado, que se adaptan a tratar materias de cualquiera especie; pero sin la precisión y raciocinio conveniente del que las

conoce a fondo, del que discurre por sí mismo y tiene ideas propias. Estos periodistas se leen con agrado y sin provecho. Uno reconoce que tienen buen instrumento, buena pluma, que saben escribir; pero también reconoce que sus conceptos no pasan de la mediocridad. Adquieren sus ideas en las corrientes de conocimientos que están al alcance de cualquier mano: enciclopedias, conferencias, manuales, revistas, libros hojeados precipitadamente, conversaciones con técnicos, en fin, todo lo que comprende la ciencia barata, que permite hablar de cuanto existe; pero no da idea clara de cosa alguna, ni enseña a pensar ni a hacer nada.

El estilo de Blasco Ibáñez es fácil, de vivacidad precipitada, de expresión clara; pero los conceptos son comunes. Ha escrito mucho sobre materias literarias y sociales, como el periodista apto para todo; pero aquí sólo es del caso indicar, aún cuando sea someramente, qué importancia tiene, como crítico y novelista, para estimar lo que valen los elogios a Edwards Bello.

Como crítico es adocenado y de evidente mala fe. Subordina enteramente sus juicios literarios a la propagación de doctrinas subversivas y antirreligiosas. Citaré, como ejemplo, su extenso juicio sobre el más notable novelista francés de estos tiempos, Bourget, que se halla como prólogo en una traducción española de «Neaesis».

Reconoce naturalmente, las cualidades, que no podría negar, a ese novelista, sin ponerse en ridículo y sin desacreditar al mismo que le encargaban recomendar; pero como Burget evolucionó hacia el catolicismo, después de mantenerse alejado de él en una época de indiferentismo, Blasco Ibáñez alaba únicamente las obras que aquél escribió en esa época, en especial «El Discípulo», y lo declara caído en decadencia desde «La Etapa», en que re-

sueltamente profesó la religión católica. No considera digna de mención ni una sola de las novelas de Bourget inspiradas en tesis religiosa. Sin embargo, entre estas se comprende su mejor obra, «El Demonio del Mediodía», verdadero monumento literario, y otras, como «Un Divorcio», que son innegablemente muy superiores a «El Discípulo», cuya notoriedad fué principalmente debida al momento en que apareció.

Como novelista, Blasco Ibáñez es fecundo sin duda alguna; pero ordinario. Más fecundo que él y más interesante para el gusto de su época, fué Fernández y González, del cual ya no quedan rastros, y es de ayer.

La novela de Blasco Ibáñez, que más suele verse en los muestrarios de las librerías es «La Catedral». ¿Y qué es eso? Pura y simplemente un folleto anarquista enderezado en primer término contra la iglesia Católica, con las mismas doctrinas vagas sobre la sociedad y con las declamaciones que se leen diariamente en los periódicos revolucionarios. El folleto está disimulado sin arte alguno en una trama pobre, monótona, sin caracteres, sin vivacidad en el diálogo.

La descripción de la Catedral de Toledo es un fracaso artístico: parece un gran caserón de piedra con dependencias de granja. Tiene una historia chabacana de la Catedral y pedantescas disertaciones sobre la música, tomadas de cualquiera parte y arregladas a su sabor, de las cuales saca la conclusión de que no hay música religiosa y de que la Iglesia es enemiga de la música.

Blasco Ibáñez, vino hace algunos años a Chile y dió conferencias que a nadie satisficieron. Hizo al Gobierno propuestas para escribir una historia de Chile, que no fueron aceptadas. En la Argentina presentó también propuestas para escribir la historia de esa nación, y consi-

gió no sé qué negocios. Durante la gran guerra, publicó una novela a favor de los aliados para propagar su causa en América, y las circunstancias forzosamente hubieron de darle gran resonancia. Ahora anda por Estados Unidos, por México, exhibiendo su persona, y haciendo lo que ahora llaman un hermoso gesto, es decir, en buenas cuentas, acciones que tienen mucho de teatral y cuyo principal objeto es llamar la atención del público. Es una especie de figurón literario, mezcla de literatura ordinaria y de negocios mercantiles, que, conforme disminuya el reclamo comercial, irá desinflándose. El armazón seguirá algún tiempo admirado por su público especial: pedagogos corruptores de la juventud, estudiantes subversivos, costurerillas de aire libre, artesanos, anarquistas.

Edwards Bello, en «Tres meses en Río Janeiro» habla de la facilidad con que, según él, los chilenos se dejan embaucar por supuestas notabilidades extranjeras, y recuerda con tal propósito las conferencias que aquí dió Blasco Ibáñez.

Dice que el novelista español, creyendo a los chilenos poco inteligentes por su modo reservado y sobrio, quiso pasarles gato por liebre.

«El resultado de ese aspecto engañoso de nuestra sociedad, dice Edwards Bello, fueron las primeras conferencias de Blasco, en que nos quiso pasar gatos por liebres hasta que un señor Omer Eméth, que sabe más que Lepe, le dijo desde las columnas de «El Mercurio»:— ¡Alto ahí, señor...!

«Blasco debe haberse dicho entonces:—«¡Cáspita! Hay uno que sabe»; pero siguió fanfarroneando, hablando mucho, mucho, y al fin la mitad de su público reía y en los corrillos se empezaba a hablar, no ya de su genio, sino de

su manera indecente de comer y del largo desmesurado de su pie».

Noto de paso que hubo varios periódicos católicos que también descubrieron desde las primeras conferencias la charlatanería de Blasco Ibáñez, tan bien descrita en los párrafos anteriores. Después que Edwards Bello obtuvo la carta que publica al frente de «El Roto», en la cual es saludado como el novelista más notable que habrá con el tiempo en toda la América del Sur, y es particularmente felicitado por las descripciones de burdeles, se ha sentido lleno de admiración hacia Blasco Ibáñez, según lo manifiesta en el prólogo.

Pero, ¿en qué han podido fundarse las alabanzas del escritor español? En la carta sólo se refiere a «La Cuna de Esmeraldo», un pequeño volumen que contiene artículos de diversa especie y sin importancia, y varios capítulos de la novela «El Roto», que sólo ahora se ha publicado terminada. Estos son documentos que no alcanzan a servir de base a un juicio medianamente serio. Edwards Bello, dice también, que Blasco Ibáñez, conoció «El Inútil» su primera novela y que la ha recomendado al leer «La Cuna». En la carta no hay absolutamente nada que permita imaginar tal recuerdo: es una suposición enteramente gratuita.

Esa carta, que ha influido en nuestra crítica periodística, es la comedia de todos los días en que el escritor de fama se digna enviar un aplauso al aspirante a escritor que le ofrece humildemente un ejemplar de su obra, sobre todo si en este ve diseñarse un discípulo que algún reclamo podrá hacerle en su tierra. Es curioso: el primero en olvidar que Blasco Ibáñez pasa gato por liebre, es el mismo que le escribió esa habilidad, el autor de «El Roto».



Edwards Bello ha escrito ya tres novelas; pero, tal como va, no parece destinado a brillar en este género.

La novela requiere principalmente imaginación y observación. La observación de la vida proporciona los materiales. La imaginación los combina, desarrolla y ordena a un fin en forma interesante. Las dotes de observación de Edwards Bello son superficiales, no pasan de lo exterior y aparente. Carece de penetración psicológica. Sus personajes son poco variados, gente que uno ve pasar sin dejar huella y que al punto se confunden en la muchedumbre. Su observación tiene un campo limitado, casi se ciñe a los lugares públicos: la cubierta y las salas de los transatlánticos: los puntos de reunión de gente desocupada o de mala vida: restaurantes, burdeles, casas de juego, calles extraviadas. Las raras veces que describe escenas de intimidad, de familia, de amistad, o cuando procura pintar un carácter, afectos profundos o tiernos, es frío, ficticio, no halla qué decir.

La imaginación de Edwards Bello es inferior a su observación. Sus novelas se componen de escenas unidas muy flojamente sin llamarse unas a otras ni estar subordinadas a un fin o término común. Podrán interesar las escenas que están bien contadas; pero el conjunto de ellas, la novela, no interesa. Son datos expuestos con más o menos colorido, y nada más.

En «El inútil» y «El monstruo», el personaje principal destinado a enlazar las escenas, es uno mismo, con distinto nombre en cada novela, y tiene un carácter completamente pasivo. Es un joven insignificante, descreído, de vicios bajos y vulgares unidos a teorías revolucionarias, que no influye en nada de lo que le pasa, sino que anda aquí o allí empujado por sucesos sin importancia y que también son muy parecidos en las dos novelas. En el

«El Roto» ni siquiera hay un personaje que enlace los acontecimientos. Es una serie de escenas de la vida de un lupanar. La inventiva de Edwards Bello es bien pobre y debe estar por agotarse: rueda siempre en torno de unos mismo objetos.

De la falta de inventiva de Edwards Bello y de la especie de observación que le es propia, puede colegirse que el género más apropiado para sus aptitudes es la crónica de la vida social, la entrevista de repórter, correspondencias desde países extranjeros. Su pluma sería, sin duda, una buena adquisición para un periódico. Tiene precisamente lo que necesita la crónica de la vida social: el estilo corriente y ligero, la ilustración superficial que dan los viajes cuando no hay instrucción sólida, el gusto frívolo, la pincelada viva y oportuna, la expresión pintoresca, buen ojo para dar carácter al perfil de las personas y de los objetos.

Que Edwards Bello sería un excelente repórter y cronista puede comprobarse. A mi parecer, sus mejores páginas son aquellas en que refiere la sublevación de la escuadra brasilera capitaneada por Jao Cândido, acontecimiento que él mismo presenció. Como repórter, citaré su entrevista con monseñor Fagnano sobre los indios de la Tierra del Fuego. Son dos piezas literarias muy buenas, que se encuentran en «Tres meses en Río de Janeiro», y dan la medida de las aptitudes de Edwards Bello. Allí se ve la naturalidad, desembarazo, cierta percepción fácil y viva que da relieve a las cosas, mientras que, en sus novelas, hay algo calentado, forzado, que cansa. Allá está en su elemento y se mueve libremente; acá trabaja.

Las cualidades que tiene como cronista de la vida social dan cierto mérito literario a sus novelas; pero no

el suficiente para sostenerlas. Si ellas han conseguido una publicidad algo abundante, lo deben a una causa que es ajena del arte.

Edwards Bello está constantemente perturbado por inclinaciones y afectos extraños, con no sé qué de enfermizo, los cuales lo atraen y exaltan en tal manera que pierde el dominio de sí mismo y el respeto al público.

Tiene un tendencia rara a describir la suciedad física, la mugre, lo asqueroso; a describir la suciedad moral, los vicios inmundos, la sensualidad más grosera; y un odio frenético, insano a la religión católica, al clero, a los católicos. No es autor que pueda leerse con tranquilidad. A lo mejor, sin saber para qué, sale con blasfemias, con injurias, con pinceladas asquerosas ó de repugnante sensualidad.

¿Cómo se han producido en él estas anomalías? No sabría decirlo. Desde su primera novela «El inútil», el odio al catolicismo aparece con un furor endemoniado. La sensualidad grosera también aparece, aún cuando no tan desarrollada como en obras posteriores. La mugre ya asoma. No hay, en sus obras, dónde rastrear con fundamento el origen de tan fuertes accesos de perversión del criterio y del gusto. Es un hecho, una realidad que salta a la vista desde el primer momento.

Ahora bien, en eso que he llamado anomalías está la verdadera causa de la circulación de los libros de Edwards Bello. Hay muchos interesados en que se publiquen diatribas contra la religión católica, contra la moral. Esos ataques, aunque sean ciegos e irracionales, contribuyen a extraviar las almas vacilantes. Hay muchos aquejados de curiosidades malsanas que buscan dónde satisfacerlas ampliamente, y celebran que se falte a la decencia.

Presentaré ejemplos de esas afecciones extrañas, que

con tanta frecuencia estallan en las obras de Edwards Bello. Antes séame permitido dar las mayores excusas por las citas que voy a hacer. Lastimarán la delicadeza, el gusto, la decencia; pero son absolutamente necesarias. No olvidemos que «El Roto», la novela reciente de Edwards Bello, ha sido anunciada en avisos en que figuran encomiándolo numerosos escritores de los más nombrados en nuestra literatura, y que, en revistas y periódicos, otros escritores lo alaban como autor notable. Algunos hacen tímidas reservas; pero como se limitan a consideraciones generales, no dan de él una idea exacta. Es preciso, pues, exhibir documentos, como si dijéramos. Repito nuevamente mis excusas, y paso a dar muestras de la tendencia a describir la suciedad física.

He aquí algunas que ofrece «El Monstruo». El autor describe un carruaje de lujo; pero no atiende al brío y elegancia de los caballos, sino que busca el rasgo característico en las partes traseras. Dice que iba la victoria «arrastrada por una pareja de potronos de exposición que desalojaban al trote ventosidades majestuosas por sus ancas potentes». Pasa la victoria: «El ruido de los cascotes... y la pedorrera de los alazanes, denotaban una vida animal potente...»

Describe una mañana en París. Sigue el vuelo de los pájaros, no cuando se pierden en el azul del cielo, sino cuando van a otra parte. «Los gorriones pasaban por el cielo en lentos vuelos... y caían sobre la boñiga humeante de los rocines con avidedeces de buitres».

De una mujer de mala vida dice que «era una letrina ambulante del amor».

Refiriendo la vida que se lleva en el vapor, toma nota de que «los sajones comían como tábanos y luego se iban

a desalojar las ventosidades sobre cubierta en la forma de eructos respetables».

En «El Roto» describe la habitación de una prostituta, y no se olvida, por cierto, de la bacinica: «Bajo el catre la escupidera, pomposamente tapada, como si encerrase un manjar».

Ahí también muestra el cadáver de una prostituta. Una compañera de la muerta entra a verlo: «Entonces vió que, entre las ropas, un enjambre de chinches y de pulgas se regalaba en esa carne paralizada... Ofelia se puso a matar las chinches atontadas por el festín, una por una tomándolas con dos dedos para meterlas en el sebo líquido de las velas, donde las veía achicharrarse; las pulgas más esquivas, las reventaba con destreza entre dos uñas».

Habla de la vida de esas desgraciadas: «Por la mañana se disputan; lanzan en todas direcciones esos salivazos estropajosos que se adhieren al piso o a las paredes, rígidos como trapos».

Nada digo del olor a sobaquina, a pies, a cuerpos sudados, ni de las costras en la cara, los baldes con orines y otras asquerosidades. Las palabras: hediondez, fetidez, son ahí tan frecuentes como en las poesías perfume y fragancia.

Pues se necesita estómago para leer «El Roto». Y para saborearlo y alabarlo, ¿qué cosa se necesitará?

Pasemos a la suciedad moral. Claro está que aquí no puedo ofrecer citas muy características; pero procuraré, en lo posible, dar una idea aproximada de esta otra afeción de Edwards Bello, mucho más desarrollada que la anterior.

No es autor voluptuoso: no consigue unir la intelectualidad y refinamiento con la sensualidad. Procura, por

lo menos, ser lúbrico, provocar, excitar. Naturalmente, siempre es obsceno. La sensualidad toma en su pluma un carácter inconsciente, brutal. La sociedad, considerada en este aspecto, parece un corral de animales. Edwards Bello emplea a cada paso las palabras macho y hembra, en vez de hombre y mujer. Inventa términos apropiados a la idea que se ha formado de estas cosas: de la mujer dice «que se avaca» cuando a llega ciertas condiciones. En los hombres anda descubriendo a menudo una expresión bovina.

Cuando alguna vez asoma un afecto medianamente puro, causa sorpresa en el lector: siente que debe de haber una equivocación, y, en efecto, luego ese afecto se esfuma y desaparece. Mirada así la mujer, no es de extrañar que Edwards Bello busque sus tipos en la prostitución de más ínfimo orden, donde no hay ni sombra de decencia y delicadeza. Las criaturas de esta clase aparecen constantemente en sus obras. No se cansa de describirlas, aún cuando se repita. Ya se trate de viajes, novelas, crónicas, simples narraciones, son ellas lo que más resalta en el cuadro. Y las pinta, unas veces con fastidio y hastío, otras con simpatía: pero siempre como obedeciendo a una atracción.

Edwards Bello no manifiesta afectos compasivos y humanitarios. Suele hacer gala de ellos cuando se refiere al pueblo, y los manifiesta en frases campanudas y declamatorias, que suenan a hueco. Sólo una vez lo he hallado sinceramente compasivo, con ternura y hasta sentimental.

En «Tres meses en Río de Janeiro» derrama una lágrima melancólica cuando contempla desierta la calle de Dantas, he aquí en qué ocasión.

En un capítulo anterior había descrito esta calle como

una de las exclusivamente destinadas al placer, verdaderos prostíbulos». Y encariñándose con las habitadoras de los próstbulos, las llama mariposillas, y agrega: «¿A qué negarlo? Las quiero, las amo con un amor espiritual hecho de compasión y ternura, y amo estas calles de Río de las cuales ellas son las reinas de un día».

Pués bien, poco después las autoridades dispusieron la expulsión de las moradoras de los hotelitos y pensiones de la calle Senador Dantas, tan famosa. Les dieron el plazo de ocho días, y Edwards Bello llora largamente, llora dos páginas sobre la desierta calle sin sus mariposillas.

«Se van, se van, se van... —dice desolado.—Llora, calle Senador Dantas; llora mucho, porque eso que se va era parte de tu alma; era la parte más hermosa de tu vida. Tu pérdida es irreparable... Vendrán ahora a poblar tus casas rechonchos burgueses, prosaicos y groseros, con toda su corte de miserias...»

Importa tomar nota de todo esto, porque aquí vemos la explicación de cómo Edwards Bello ha llegado a escribir una novela, «El Roto», dedicada a referir la vida de las moradoras de prostíbulo.

Doblemos esta hoja.

El odio de Edwards Bello a la religión católica es lo más violento, exaltado y desatinado que uno pueda imaginarse. Al principio, en los primeros capítulos de «El inútil» parece que tuvo el propósito de combatir el catolicismo examinando la doctrina con cierto aparato científico; pero su ilustración superficial y la ciencia barata no pudieron proporcionarle argumentos suficientes. Lo que dice en esos capítulos son peroratas muy manoseadas de pequeño Renan de plaza pública. No siguió pues,

en esto, y ha procurado desahogar su odio injuriando y blasfemando.

Se mofa de Dios, de la Virgen, de los santos, del culto. A nuestra Señora de Andacollo le tiene particular aversión. A los sacerdotes parece que les escupe y les tira piedras. Nosotros los católicos laicos somos siempre representados por él en forma repugnante. Cualquier individuo que aparece en sus novelas, de instintos bajos, de vicios asquerosos, ladrón, hipócrita, tonto, canalla, es católico, escribe en diario católico, pertenece a la Sociedad de San Luis Gonzaga. Siempre tiene a la mano un maniquí, inútil para el desarrollo de la novela; pero que está ahí para llevar o poner el sambenito de católico.

He quí un párrafo para el sacerdote, donde están sabiamente combinados la suciedad y el odio. Se halla en el primer artículo de la colección «La cuna de Esmeraldo».

«El tétano político, como alguno llamó a nuestras convulsiones civiles, desaparece. Si algún espasmo nos mueve el vientre de vez en cuando, es porque botamos poco a poco pedazos de cola de esa solitaria con sotana que chupa tanta vida y energía nuestra. Es de desear que sigamos pujando hasta que se produzca ese pronunciamiento honesto: la salida del cura con cabeza y todo».

De aquí puede colegirse lo que dirá Edwards Bello en las demás cosas que atañen a la religión.

Tiene sobre la religión, la sociedad, el Gobierno, el pueblo, ideas en extremo someras. Derriba a papirotes todo lo que no le gusta. Un papirote aquí, cae la religión. Un papirote allí, cae la sociedad. En su lugar pone unas figurillas como de cartón que se caen solas y que sostiene un momento con frases declamatorias, que son un eco



confuso de las que se leen a diario en las hojas revolucionarias.

Diré dos palabras sobre «El Roto». Este título de ninguna manera conviene a la novela. Su propio título es «El Burdel». Como antes lo he indicado, toda ella tiende a describir minusiosamente la vida de un burdel de clase tan ínfima, que ya no se concibe nada más abajo. Los individuos que ahí aparecen están presentados por el aspecto burlesco: entran y salen. Para evitar la monotonía del asunto, imagina el autor algunos personajes que se mueven fuera de ese ambiente: un ricacho que influye en la política, un prefecto de policía, un visitante de burdel que negocia en casas de juego, tipos falto de realidad y naturalidad, productos de una observación vulgar.

Que en esa novela, que únicamente sirve para satisfacer curiosidades malsanas, se estudia el tipo del roto chileno, como asevera el autor en el prólogo, es pura fantasía.

Edwards Bello cree que es estudio tal cual frase ampulosa sobre el pueblo. Tiene acerca de su propio ingenio una idea bastante errónea. Alaba sin embozo, en los prólogos, su poderosa imaginación y la importancia y trascendencia de sus obras. Esta es flaqueza muy común en los autores; pero muy rara vez lo dicen, porque para eso se requiere excesiva suficiencia.

Por cierto que, en «El Roto», la manía anticatólica tiene que manifestarse de algún modo, y revienta en las primeras páginas, como puede verse en este párrafo:

«La Gloria (es el nombre del burdel) y la casa colindante, estaban en la calle Borja, y pertenecían al Arzobispado. Buena parte de la propiedad santiaguina había pasado en forma de herencias a ese fósil que el miedo a los infiernos de pirotecnia hacía multimillonario. Todos

los meses un lego flaco y trapacero que daba la vuelta a Santiago recopilando billetes, llegaba a cobrar los alquileres; no tenía reparo en aceptar oportu, porque venía de tan lejos. Secándose el sudor con un pañuelo muy grande, echaba miradas furtivas por las puertas entreabiertas. Una vez prometió arreglar la fachada y vereda de La Gloria, pero en el Arzobispado rechazaron por inmoral el proyecto».

A más de las obras mencionadas, Edwards Bello ha escrito unos «Cuentos de todos colores», narraciones, insignificantes, pero con reventones estupendos.

Con ocasión de un naufragio que conmovió al mundo entero, publicó «La tragedia del Titanic», narración acomodada según los datos suministrados por la prensa, y que entraba muy bien dentro de sus naturales condiciones de cronista. Salvo las acostumbradas anomalías, no carece de interés en la parte que refiere el viaje del poderoso transatlántico. Es una variante de las descripciones de esa especie, que tiene en «El Inútil», en «El Monstruo», en «Tres meses en Río de Janeiro», y que son cosas que él ha visto; pero la catástrofe, por su magnitud, requería imaginación y arte superiores, y Edwards Bello fracasa. En medio de los horrores del naufragio, en ese transtorno espantoso, nuestro autor halla medio de exhibir un cuadrito obscuro. ¿Y saben dónde pasa eso? En uno de los W. C., es decir de los «excusados».

Han alabado a Edwards Bello por su visión clara, por la fuerza, la energía. Estos términos, cuando se usan en la crítica literaria, implican el recto uso de aquello que significan. Hay diferencia entre fuerza y acción brutal, entre energía y falta de respeto o de vergüenza, entre visión clara y pormenores repugnantes.

Biblioteca Nacional de Chile  
Sección Selección Adquisición y Control

28 ENE 2016

COMPRA

Biblioteca Nacional



\* 615678 \*